

## La sociogénesis del sentimiento nacional\*

*Francisco Bethencourt*

La nación es, ante todo, una comunidad afectiva que se sedimenta históricamente en una trayectoria irregular, donde se perfilan fuerzas centrípetas y centrífugas, particularismos locales y regionales, así como complejos interregionales e internacionales.<sup>1</sup> Esta larga y duradera agrupación afectiva trasciende, en el caso portugués, a las delimitaciones territoriales, asumiendo aspectos multifacéticos a lo largo del tiempo. El análisis del sentimiento de pertenencia a una misma comunidad histórica debe ser desarrollado, bajo mi punto de vista, en dos niveles:

- a) Un nivel intuitivo, por lo que respecta al gran número, donde se afirma, básicamente, la semejanza de sí para sí y la diferencia frente a otro;
- b) Un nivel de toma de consciencia del fenómeno por las distintas élites sociales, que implica la (re)organización de la memoria, la integración de las periferias, la ampliación y la manipulación del propio sentimiento.

### 1. El brote del sentimiento de comunidad

La estructuración de una lengua propia en la franja occidental de la Península constituyó el elemento básico del reconocimiento de lo idéntico, ya que se situaba en la zona primaria de la comunicación entre los hombres. EL bilingüismo existente, tanto en las zonas de intenso contacto económico y social, como en la sociedad de la Corte, donde la producción literaria utilizaba indiferentemente el portugués y el castellano, derivaba de las relaciones naturales con el reino vecino, siendo tan sólo cuestionado en el siglo XVI, con la exaltación de las virtudes de la lengua-patria (uno de los tópicos del Renacimiento) y, sobretudo, en el siglo XVII, tras la Restauración, donde la lengua es entendida claramente como un instrumento de autonomía política. En todo caso, la utilización sistemática del portugués

---

\* Título original: "A sociogénesis do sentimento nacional". Traducción del portugués a cargo de M<sup>ra</sup> Lourdes Bailao.

en los documentos de la Cancillería Regia desde mediados del siglo XIII, así como su uso corriente en los documentos notariales y judiciales, muestran la percepción difusa, por parte de las élites, de su papel de comunicación e integración de los pueblos bajo su dominio.<sup>2</sup>

En este nivel intuitivo en el que nos situamos, si la lengua común es un herramienta importante, generadora (y simultáneamente reveladora) de un sentimiento gregario, no podemos olvidar que la sociedad medieval y, en cierta medida, la sociedad moderna, son sociedades débilmente integradas, con una fuerte valoración del cuadro de vida local, donde las rivalidades del vecindario son vividas día a día y ritualizadas a través de ceremonias públicas (son conocidas las fiestas religiosas y, a nivel laico, las luchas de toros que han llegado hasta nuestros días). Es en esta situación, caracterizada por una relativa fragmentación de poderes y por la distancia del poder central, que la percepción de una solidaridad más amplia que las solidaridades tradicionales (la familia y la aldea) ha hecho su camino a través de la experiencia de emociones compartidas, que testimonian fuertemente la presencia de los otros y permiten la aparición de estadios de comunión. De entre estas emociones compartidas destacamos el miedo y la fiesta, dos polos de efervescencia colectiva, así como las revueltas y revoluciones, tiempos fuertes de crisis y de toma de conciencia.<sup>3</sup>

### *1.1. El miedo*

La inseguridad de los pueblos, característica de una época de vida precaria e inestable, dependiente de los caprichos de la naturaleza y de los hombres, alcanzaba sus momentos más agudos con ocasión de las guerras, de las epidemias y de las crisis de subsistencia.<sup>4</sup> En el primer caso, el miedo tanto podía resultar de una intervención directa de los ejércitos enemigos, con un radio de acción más o menos extenso, sembrando el pánico entre las poblaciones afectadas, como podía acontecer por una iniciativa del propio rey, que procedía para el efecto a un reclutamiento de tropas. La devastación realizada por el enemigo suscitaba un fuerte sentimiento de solidaridad por parte de la familia, de los amigos, de la comunidad aldeana, de los poderes locales y, sobretodo, del poder central, que veía su función protectora puesta en causa. De ahí las exigencias constantes de reparaciones hechas por el poder regio frente a las escaramuzas de frontera en tiempo de paz, exigencias que tienen su prolongación en la actividad diplomática del siglo XVI provocada por la piratería francesa e inglesa a lo largo de la franja costera, islas atlánticas y Brasil.<sup>5</sup> Los preparativos de la guerra ordenados por los reyes portugueses implicaban, especialmente a partir del siglo XVI, un reclutamiento sistemático en todo el territorio continental, factor de perturbación colectiva que redundaba en la expectativa del desenlace, en el rumor y en los ruegos simultáneos. La celebración ruidosa de la victoria o el sentimiento de pérdida por la derrota adquirían un carácter más o menos uniforme en todo el reino, no sólo por la implicación de familiares,

conocidos y amigos, sino también por las alteraciones en el camino de la gesta de la comunidad histórica.

Las epidemias producían situaciones ambiguas desde el punto de vista de la solidaridad social. El movimiento más visible es el de exclusión y abandono de los individuos contagiados por parte de la comunidad. Además de esto, se constata una actitud general de aislamiento que implica el cerrar las puertas de ciudades y villas para evitar la entrada del flagelo invisible. Por último, se verifica un regreso a las posturas más egocéntricas, pues se crea un ambiente de pánico que justifica el abandono de familiares incapacitados al igual que de funciones y responsabilidades públicas. A pesar de todo, no podemos ver el problema sólo en esta vertiente. Existen igualmente imperativos éticos en el desempeño de ciertas profesiones (como el sacerdocio o la medicina) que implican graves sanciones por parte de la comunidad o del mismo poder central en el caso de que no fueran respetados.<sup>6</sup> De hecho, encontramos numerosos casos de dedicación a los enfermos, de ejercicio escrupuloso de los cargos públicos y de buena gestión de las comunidades en tiempo de crisis. La solidaridad se manifiesta incluso en el acogimiento de los refugiados y en las medidas de saneamiento público que tienden a prevenir la difusión de la enfermedad.

Las crisis de subsistencia, como consecuencia de sequías, tempestades u otras calamidades naturales, se situaban en un cuadro de economía de autoconsumo, que ampliaba los efectos de fenómenos muchas veces regionales.<sup>7</sup> En este caso, la solidaridad es más evidente, aunque además aquí se puedan observar aprovechamientos especulativos de situaciones de ruptura con la autarquía local defendida por las oligarquías municipales. De ahí, la intervención frecuente del rey para la obtención y canalización del abastecimiento, como forma de cumplir su papel de garante del bienestar público. Los períodos de hambre cíclicos implican también la dislocación frecuente de poblaciones, hecho que acarrea el intercambio de experiencias y emociones. De hecho, el nomadismo de largas franjas de población, como fuertes dislocaciones meditadas, permitía una circulación de las informaciones que completaba los ritmos del correo, del emisario regio o del arriero.

### *1.2. Las fiestas y ceremonias públicas*

La celebración de fiestas espontáneas de dimensión local, aunque pueda crear un ambiente de cohesión social de significado más amplio, en especial cuando se trata del desenlace positivo de batallas del cual está pendiente todo el reino, no es considerada en este análisis. Las fiestas que nos interesan son aquellas que se realizan de una manera uniforme y simultánea en todo el reino, o, por lo menos, en las principales ciudades y villas, ejerciendo una función de sedimentación de la comunidad histórica. Entre esas fiestas destacamos las conmemoraciones de batallas, las celebraciones de la familia real y la invocación de ángeles y santos protectores.

Entre las precisiones de acción de gracias por victorias obtenidas en batallas, ordenadas por los reyes interesados, apenas subsistirán dos hasta el siglo XIX: la procesión conmemorativa de la batalla de Toro (que ya no estaba en uso pero no deja de ser anotada en los libros de registro de las sedes episcopales) y, sobretudo, la procesión conmemorativa de la batalla de Aljubarrota, que se había realizado anualmente a lo largo de los siglos XV y XVI y que fue restaurada por D. João IV en 1641, siendo aún respetada en 1820.<sup>8</sup> El ceremonial de estas procesiones era más o menos uniforme, pudiendo evaluarse la importancia del acontecimiento en la memoria de las poblaciones. Además de esto, es significativo el hecho de que las conmemoraciones perdurables se refieran a victorias (reales o disputadas) sobre los castellanos. En la misma línea de afirmación simbólica de autonomía e independencia frente al reino vecino se sitúan las procesiones conmemorativas de la aclamación de D. João IV y de la Restauración del reino.<sup>9</sup>

La celebración de la familia real, aunque se inserte en el marco de relaciones de dependencia entre el señor y sus súbditos, no deja de tener dimensiones simbólicas evidentes de representación de la comunidad histórica y de integración de los pueblos bajo la misma tutela. Esta celebración asumía sus momentos fuertes con ocasión de las entradas regias, donde la comunidad local se representaba y festejaba la presencia del monarca; con motivo de la boda del príncipe, rito fundamental para la sucesión y estabilidad del reino; por el nacimiento de los infantes o por muerte o aclamación del rey. En todos estos casos tenemos ceremoniales bien precisos que se repiten en las ciudades y villas.<sup>10</sup>

La invocación de los ángeles y santos protectores asume, en una sociedad inmersa en referencias cotidianas a lo sagrado, una función primordial de secularización del reino. La procesión invocadora del Ángel Custodio, instituida por título regio de 7 de junio de 1504 en el tercer domingo de julio de cada año, aún estaba en vigor en 1820. De hecho, la figura del Ángel Custodio tuvo un largo impacto, tanto en la cultura manuscrita como en la cultura impresa, siendo ejemplo de esto la célebre iluminaria de la «Leitura Nova» y los frecuentes grabados insertados en las portadas o en las páginas interiores de los libros de los siglos XVI, XVII y XVIII (esto por no hablar de las esculturas y pinturas con representación del Ángel). Además de esto, se verifica la institución e invocación ritual de santos protectores del reino. Conocidas son la Virgen María, la reina Santa Isabel (desde 1625), la Inmaculada Concepción (desde 1646) y San Francisco de Borja (desde 1756). Estos santos, en especial la Inmaculada Concepción, son igualmente utilizados como forma de afirmación y protección de la comunidad, asumiendo una cierta especialización como consecuencia de las diferentes coyunturas (San Francisco de Borja, por ejemplo, es invocado contra los terremotos).

La sacralización del reino como cuerpo místico<sup>11</sup> está presente en la noción medieval de guerra justa en su defensa, así como en la noción, más tardía, de salvación eterna en caso de muerte a su servicio (noción explotada sobre todo tras la Restauración). Este sentido de trascendencia de la

comunidad histórica, que está centrado simbólicamente en la figura del rey a lo largo del Antiguo Régimen, sufre una transferencia para el colectivo social, que se afirma como valor supremo independiente en el siglo XIX.<sup>12</sup> La disociación que se establece entre el rey y la nación constituye un trazo significativo de la formación de la autonomía de la comunidad histórica, con la correspondiente inversión simbólica en el mito de la eternidad y del alma de la nación, tópicos posteriormente manipulados por los nacionalismos de nuestro siglo.

### *1.3. Revueltas y Revoluciones*

La lenta estructuración de lazos de solidaridad más amplios que los tradicionales no sigue un camino lineal, ya que existen formas de integración económica en espacios que no coinciden con las fronteras del reino,<sup>13</sup> así como intereses sociales y políticos que exceden el marco de la monarquía portuguesa. Así, interesa verificar cómo se enraizó la noción de comunidad histórica, que permitió la delimitación y resolución de los conflictos sociales en el ámbito de las fronteras definidas, excluyendo el recurso a la inserción en espacios políticos más alargados.

En este marco de problemas, las revueltas y revoluciones son excelentes objetos de análisis,<sup>14</sup> pues constituyen momentos fuertes de crisis del cuerpo social, que permiten revelar y potenciar los diferentes estados de conciencia de este mismo cuerpo. Los casos que voy a escoger para este breve abordaje se sitúan en 1580, 1640 y 1820. La exclusión de los motines y revueltas anteriores se justifica por el carácter puntual y de reducida dimensión que éstos asumirán, generalmente circunscritos a conflictos sociales y de poder en el seno de los órdenes privilegiados. La crisis de 1383-85 exigiría un análisis más ponderado, aunque la fragmentación de los poderes y las solidaridades horizontales que se manifiestan en este período tomen difícil una apreciación de su papel en la toma de conciencia de la comunidad histórica, debiendo distinguirse la vivencia de la revuelta (de reconstrucción dudosa), de la forma como el discurso historiográfico se apropió del acontecimiento en otras épocas.

En 1580 nos encontramos con la crisis de autonomía más grave desde la formación del reino, crisis que ocurre justamente en un período de estructuración del Estado moderno, donde los procesos de integración social conocen una mayor eficacia relativa. El papel acrecentado del poder central constituye, en aquella coyuntura, un factor de inhibición de la voluntad colectiva. Esto porque el choque provocado por el desastre de Alcázarquivir imponía un fuerte sentimiento de pérdida y de desorientación entre los pueblos, más bien porque las élites sociales y militares se encontraban decapitadas y desmoralizadas. El exiguo margen de maniobra de que disponía el rey D. Enrique frente a las pretensiones de Felipe II explica, en cierta medida, su incapacidad de decisión, así como la indefinición de los gobernadores del reino.<sup>15</sup>

La reducida dimensión que asumió la resistencia de Don Antonio tiene, así, razones profundas, para además de los significativos problemas de legitimidad, razones que no se compadecen con juicios de valor apresurados acerca del comportamiento de la nobleza y el clero (cuyos contornos precisos están aún por estudiar, tanto en lo que dice respecto al período 1580-89 como al período posterior). Con todo, este momento de crisis permitió una toma de conciencia de ciertos círculos políticos, sociales y culturales consubstanciada en un nuevo lenguaje, en un nuevo imaginario político y en una nueva temática. En primer lugar, analicemos el lenguaje: el discurso de Manuel de Sousa, procurador de la ciudad de Lisboa en las cortes de Almeirim de 1580, invoca de una forma explícita la nación portuguesa, expresión que es repetida en el habla de Febo Moniz, procurador de Lisboa en las mismas cortes. Se trata, tanto cuanto yo sé, de una de las primeras ocasiones en que el término nación es empleado con el sentido político preciso de comunidad histórica con realidad y proyecto autónomo. Esta idea ya se encontraba esbozada en la memoria enviada por la Cámara de Lisboa a las tres mesas de ayuntamientos de las Cortes de Lisboa de 1579: el documento tiene por título «Lembranças de Portugal a seu povo» y se encuentra redactado en primera persona, representando la personificación y transcendencia del reino/comunidad (un primer ejemplo de esta representación se encuentra en Gil Vicente en la farsa Lusitana, aunque sin la fuerza y la coherencia de las «Lembranças»<sup>16</sup>). Por último, se dibujan algunos tópicos que serán retomados y desarrollados después de la Restauración: la ineficacia de la unificación de las Coronas para la Monarquía Hispánica; el debilitamiento de España como consecuencia de esta unión; la vulnerabilidad y la inseguridad del reino portugués.

El movimiento de 1640 surge como una respuesta de sectores de las élites nobles y letradas a la lenta disolución de las bases de funcionamiento de la unión dinástica: por un lado, el tejido social se había resarcido de las heridas producidas en 1578; por otro, las expectativas generadas por la inserción del reino portugués en un espacio más amplio, con el correspondiente acceso a nuevos mercados y nuevas carreras (militares, eclesiásticas, políticas y burocráticas) no había obtenido la satisfacción correspondiente. En efecto, la coyuntura de crisis económica y política del Imperio de Castilla, en las décadas de 1620 y 1630, había debilitado las posiciones ultramarinas del reino portugués, exigiendo un esfuerzo de coparticipación de los portugueses que estaba por encima de sus posibilidades y, sobretudo, de su voluntad. Además de esto, la distancia de la corte frustró gran parte de las perspectivas de promoción, reduciendo a las élites portuguesas a una posición subalterna<sup>17</sup>

Aunque la base social de apoyo del movimiento fuese aparentemente limitada, no contando con la participación efervescente de los pueblos en los primeros momentos, el papel de la rebelión victoriosa de 1640 debe ser comprendido a medio plazo, o sea en la recuperación de las antiguas fronteras, en la reorganización de las solidaridades sociales, en la revitalización del sentido de autonomía. La confrontación militar y política prolongada con Castilla, aunque haya provocado un gran desgaste en los

círculos dirigentes, ocasionando algunas deserciones de importancia, contribuyó para regenerar el sentimiento de comunidad histórica y volvió irreversible el proceso de afirmación de la identidad del reino.

El mantenimiento de las características fundamentales de la sociedad del Antiguo Régimen —una sociedad de órdenes asentada en el privilegio y una articulación de poderes centrada en la afirmación simbólica de la Corona con frágil dominio sobre el territorio—, explica el lento camino de toma de conciencia de esta misma comunidad histórica. Las dificultades se encuentran expresadas a nivel del propio vocabulario: la palabra «nación» sólo es utilizada con un sentido próximo del actual a partir de la crisis de 1580; en cuanto a la palabra «reino», que designa el conjunto de las provincias sujetas a un rey, tiene un uso mucho más frecuente; el predominio de la noción de «súbditos» está implícito en el empleo sistemático de «pueblos», en plural, hasta finales del siglo XVIII; la palabra «patria» es utilizada con alguna frecuencia en la literatura, aunque se mantenga la ambigüedad de su referencia indistinta al lugar de nacimiento y al reino de donde se es natural; esta ambigüedad se detecta aún en la designación de «extranjero», atribuida corrientemente en los siglos XVI y XVII, al individuo oriundo de fuera de una determinada parroquia.

Las alteraciones semánticas ocurridas a lo largo del siglo XVII pueden significar el surgimiento de nuevas formas de integración social que sólo se irán desarrollando plenamente con el triunfo del liberalismo. Raphael Bluteau, por ejemplo, caracteriza «nación» como el «nome colectivo, que se diz da Gente, que vive em alguma grande região, ou Reyno, debaixo do mesmo senhorio» («nombre colectivo que se dice de la gente que vive en alguna gran región, o Reino, debajo del mismo señorío»). Siete décadas más tarde, António de Moraes y Silva da una definición más autónoma, o sea, menos dependiente de la persona del Príncipe y del cuerpo institucional, del mismo término: «a gente de hum paiz, ou região, que tem lingua, leis e governo a parte, v. g., a Nação Franceza, Espanhola, Portugueza» («la gente de un país, o región, que tiene lengua, leyes y gobierno aparte, v. g., la Nación Francesa, Española, Portuguesa»). El contenido del término «pueblo» es significativamente idéntico en los dos diccionarios: en primer lugar «os moradores de huma Cidade, Villa ou lugar» («los moradores de una ciudad, villa o lugar»), para más adelante ser asimilado a «Nação, Gente» («Nación y Gente»). El término «patria» es dirigido indiferentemente a «terra, Villa, Cidade, ou reyno, em que se naceo» («Tierra, Villa, ciudad o Reino en que se nació»). La mayor carga afectiva de este último término es revelada por la referencia literaria frecuente al «amor da pátria» («amor de la patria»), por lo menos desde el siglo XVI.<sup>18</sup>

Las revoluciones liberales vinieron a poner en causa los mecanismos tradicionales de organización del poder político, social, económico y espiritual. La estructuración paulatina de nuevas bases de funcionamiento del edificio social permitió la sustitución de una comunidad de órdenes, con limitadas posibilidades de integración social, por una comunidad de ciudadanos, estratificada, no por privilegios de sangre y de merced regia, sino por criterios económicos, profesionales y de prestigio de función. Esta

comunidad conoce oportunidades de representación que se extienden al ámbito del «Estado-nación», aunque se reconozca la pulverización de poderes que subsisten en el siglo XIX. La dinámica económica ocurrida en los últimos cien años favoreció el enraizamiento del sentimiento de nación: se rompió definitivamente con la autarquía local, se forjaron nuevas vías de comunicación, se creó un mercado nacional,<sup>19</sup> surgieron nuevos medios de información, el Estado tiende a ejercer un dominio efectivo sobre todo el territorio, el sistema central de valores conoce una rápida difusión, en suma, nunca se verificó una tal proximidad del centro en relación a las periferias.

## 2. La toma de conciencia de la identidad

El nivel intuitivo en que nos hemos situado sólo puede conocer una fuerte expresión por el hecho de existir, paralelamente, todo un proceso (irregular, es cierto) de delimitación y apropiación del territorio por parte de las élites políticas y sociales ligadas a la curia regia. La articulación de poderes que se fue organizando a lo largo de la Edad Media y de la Edad Moderna, aunque débil y compleja, permitió esbozar una red de solidaridades institucionales verticales, en un horizonte de instancias de recurso, un marco de responsabilidades centrales. La relación entre el centro y la(s) periferia(s), periódicamente renovada por la presencia física del rey en su deambular por el país, pasa a ser entretrejida, en el Antiguo Régimen, por estructuras estables de agentes mediadores del poder regio y por canales regulares de publicidad de sus acciones. La subordinación de la Iglesia frente a la Corona, consumada en el siglo XVI, permitía aún disponer de una fuerte cadena jerárquica que cubría todo el territorio, irrigándolo de informaciones, ideas y valores.

La noción de poder como medio de comunicación,<sup>20</sup> que está subyacente a estas observaciones, nos permite comprender la importancia de la toma de conciencia de la nación por parte de las diversas élites sociales, pues sus esfuerzos de identificación (y afirmación) política de la comunidad histórica se sitúan en un nivel de cultura escrita dominante, con un papel decisivo de modelación de la memoria,<sup>21</sup> integración de las periferias y confirmación de los sentimientos de pertenencia, dado el intercambio desigual de informaciones entre los diferentes medios sociales y niveles de cultura. El enraizamiento de la noción de comunidad histórica pasa, así, por el ordenamiento erudito de la tradición,<sup>22</sup> por el conocimiento del territorio y por el conocimiento de los hombres.

### 2.1. *La composición del pasado*

Aunque las crónicas manuscritas conozcan una razonable difusión en los círculos aristocráticos y eclesiásticos, verificándose una persistente práctica de copias hasta el siglo XVIII, las crónicas impresas tienen otro alcance social, intelectual y político, no sólo por el efecto multiplicador del objeto

tipográfico (reconocido en la propia época), como también por la función consagrada de la obra desempeñada por la letra impresa pues significaba la aprobación previa, o sea, el aval de las instituciones de censura. El acceso a la tipografía era considerado como un hecho de prestigio, constituyendo un indicio del ambiente intelectual de la época (¿por qué aquellas obras escogidas y no otras?), así como de los criterios de gusto y de las necesidades de legitimación de los poderes existentes.<sup>23</sup> Por todo esto, hemos procurado caracterizar las principales coyunturas de publicación historiográfica, de acuerdo con los siguientes indicadores: tiempo, fuentes de edición, títulos impresos, sentido de las obras impresas en un tiempo corto y sentido de la información acumulada en un tiempo largo.

Durante el período de cerca de un siglo que transcurrió desde la introducción de la tipografía en Portugal hasta la unión dinástica con Castilla es publicado un número reducido de crónicas portuguesas. En este período podemos destacar una coyuntura relativamente importante que comienza con el *Lyuro das Obras de Garcia de Resẽde*, Lisboa, Luis Rodrigues, 1545 (donde se encuentra la crónica de Don João II reeditada en Evora, André de Burgos, 1554 y en Lisboa, Simão Lopes, 1596) y termina con la obra de Jerónimo Osorio, *De rebus Emmanuelis*, Lisboa, Antonio Gonçalves, 1571. Las narrativas historiográficas más importantes de esta coyuntura son, sin duda, la *Historia do descobrimento e conquista da India pelos Portugueses* de Fernão Lopes de Castanheda, Coimbra, João Barreira e João Alvares, 1551 (primer libro al que siguieron siete, editados por los mismos impresores entre 1552 y 1561), las *Décadas da Asia* de João de Barros, cuyos dos primeros volúmenes aparecieron en Lisboa, Germão Galharde, 1552-53 y el tercero en Lisboa, João Barreira, 1563, y finalmente, las obras de Damião de Góis, *Chronica del Rei D. Manuel*, Lisboa, Francisco Correia, 1566-67 y la *Chronica do Principe Dom Ioam*, Lisboa, Francisco Correia, 1567.

Estas obras toman por objeto el pasado reciente, centrándose, por un lado, en los reinados de D. João II y de D. Manuel, por otro, en la gesta ultramarina. Se trata, en el fondo, de dos vertientes de la misma época, la génesis del Estado Moderno y la creación de un espacio imperial. Se podría decir que en este período efervescente de percepción de un tiempo nuevo, no hay lugar para una reflexión pública sobre la fundación del reino (relegada para obras literarias y para narrativas manuscritas), siendo la vivencia del momento presente dominada por la fundación del Imperio. Las únicas obras que escapan a esta temática (aunque fuera de la coyuntura definida) señalan respecto a la figura de Nuno Alvares Pereira (cuya *Coronica do condestabre de portugal* fue objeto de dos ediciones en Lisboa, Germão Galharde, 1526 y 1554) y a la figura del infante D. Fernando (Fr. Jerónimo de Ramos, *Chronica dos Feitos, Vida e morte do Iffante sancto Dom Fernando*, Lisboa, Antonio Ribeiro, 1577). En todo caso, no se imprimen ninguna de las crónicas anteriores a la dinastía de Avis, siendo los casos de Nuno Alvares Pereira y del infante D. Fernando específicos, no sólo porque forman parte de un principio particular de héroes envueltos en una áurea de santidad (dada la renuncia a la vanidad del mundo y el sacrificio por el Imperio), sino

también porque desempeñan funciones de legitimación y ennoblecimiento de linajes.

La ruptura con la tradición de reino independiente, impuesta por la invasión de los ejércitos castellanos en 1580, dio lugar a una segunda coyuntura, dominada por la reflexión sobre los orígenes del reino y por la tentativa de elaboración de una obra de síntesis. En esta nueva coyuntura, que se extiende de 1594 a 1616, son impresas las obras de Pedro de Mariz, *Dialogos de Varia Historia*, Coimbra, Antonio de Mariz, 1594 (con una segunda edición en 1598-99), Fr. Bernardo de Brito, *Monarchia Lusitana*, Alcobaça, Alexandre de Sequeira y Antonio Alvares, 1597 (la segunda parte fue publicada en Lisboa, Pedro Craesbeeck, 1609) Duarte Nunes de Leão, «Primeira parte de Chronicas dos Reis de Portugal», Lisboa, Pedro Craesbeeck, 1600, Diogo de Couto, «Décadas da Asia» (de la cuarta a la séptima), Lisboa, Pedro Craesbeeck, 1602-1616 y Francisco de Andrade, *Chronica do Muyto Alto e Muyto Poderoso Rey destes Reynos de Portugal dom Ioão o III deste nome*, Lisboa, Jorge Rodrigues, 1613

Los trazos de continuidad frente a la coyuntura anterior están presentes en las obras de Diogo do Couto y de Francisco de Andrade. La novedad reside en la importancia atribuida a la primera dinastía (crónicas de Duarte Nunes de Leão) e, inclusive, a los orígenes lejanos de Portugal, situados en la «crónica del mundo», concretamente en la descendencia de Noé (Fr. Bernardo de Brito); novedad, todavía, en el primer ensayo de una crónica general del reino de Portugal, del conde D. Enrique en los tiempos coetáneos (Pedro de Mariz).

La emergencia (en este plano del impreso) de la mitología de los orígenes, en torno a la cual se organizan las dos primeras partes de la *Monarchia Lusitana*, es significativa en un período de crisis de identidad, que tiene su origen en la anexión de la Corona de Castilla. La sustitución del tema de la fundación del Imperio por el tema de la fundación del reino surge en paralelo con la utilización de una nueva terminología, aspecto reflejado en los protocolos de lectura (prólogos, dedicatorias y notas al lector), donde la designación frecuente de la «gente portuguesa» y «Portugal» representa la proclamación retórica de una autonomía amenazada, la toma de conciencia de una comunidad histórica que resiste a la asimilación (y disolución) en el cuerpo político del Imperio de los Austrias.

La afirmación de una existencia inmemorial de Portugal en el cuadro de la Hispania asume dimensiones claramente simbólicas en la *Monarchia Lusitana*. Tubal, nieto del patriarca Noé, había escogido la zona occidental de la Hispania (designada como Protugal) para asentarse, generar su descendencia y gobernar la Península.<sup>24</sup> Esta filiación mítica permite ir más allá del problema del vasallaje debido al emperador de Leon y Castilla (quebrantado por D. Alfonso Henriques), colocando a Portugal en pie de igualdad (y hasta con ligera primacía) frente a los restantes reinos de la Hispania. Este mismo objetivo es continuado por Duarte Nunes de Leão, aunque en un marco cronológico más limitado, cuando insiste en que «Portugal foi dado em Dote a Dona Tareja pura, e simplesmente, sem algum

encargo, nem condição» (Portugal fue dado en dote a Doña Teresa pura, y simplemente, sin encargo alguno ni condición).<sup>25</sup>

La compatibilidad entre los esfuerzos de afirmación de la autonomía y la legitimación del tiempo presente, o sea, la unificación de las Coronas, está ejemplarmente expresada en la obra de Pedro de Mariz. Aunque la legitimidad de la creación del reino y su defensa frente a Castilla sea ampliamente expuesta y el elogio de las excelencias de la «nação portuguesa» sea hecho a lo largo de toda la obra, la necesidad de justificar la nueva realidad suscita una argumentación que se asienta en la idea de transcendencia de la Hispania y en la diversidad de modos de fortalecerla (hasta esta época en el marco de dos reinos y, a partir de 1580, bajo una misma dirección): «Donde claramente fica concluido, que ajunte Deos o poder de Hespanha em hũa só cabeça, principalmente estas duas naçoens Portugueza, Castelhana, he pera algua novatel obra de seu serviço» (Donde claramente queda concluido, que junte Dios el poder de España en una sola cabeza, principalmente estas dos naciones Portuguesa, y Castellana, y para alguna notable obra de su servicio).<sup>26</sup>

En cuanto a la existencia de dos naciones concurrentes en Hispania es defendida por la necesidad de expulsar a los moros en frentes diversificados; la unificación es justificada por Pedro de Mariz como una voluntad de Dios para la extirpación de las herejías. En el caso portugués, él dirige su síntesis por la idea (consagrada) de cuatro edades del mundo y del ciclo histórico: la infancia habría transcurrido de D. Alfonso Henriques a D. Alfonso III; la adolescencia de D. Dinis a D. Fernando; la madurez de D. João I a D. Manuel; el declive de D. João III a D. Henrique. El reinicio del ciclo y la renovación de la patria (entendida como lugar de nacimiento) estaría en manos de Felipe II.

La tercera coyuntura se sitúa inmediatamente después de la Restauración, entre 1641 y 1644. Las principales obras publicadas en este área son las de Antonio Pais Viegas, *Principios del Reyno de Portugal*, Lisboa, Paulo Craesbeeck, 1641; Duarte Nunes de Leão, *Chronica del dei D. João de gloriosa memoria, o I. deste nome, e dos reis de Portugal o X., e a dos reis D. Duarte e D. Alfonso V*, Lisboa, António Alvares, 1642; Fernão Lopes, *Chronica del Rey D. Ioam I. de boa memoria e dos reis de Portugal o decimo*, 3 volúmenes (el tercero contiene la «Chronica de tomada de Ceuta» de Gomes Eanes de Azurara), Lisboa, Antonio Alvares 1644.

Esta corta coyuntura se caracteriza por el mantenimiento de uno de los temas anteriores (la fundación del reino) y por la aparición de un nuevo tema, la fundación de la segunda dinastía, donde sobresale la afirmación, por las armas, de la legitimidad de D. João I. No es por casualidad que la segunda parte de las crónicas de Duarte Nunes de Leão sea publicada justamente después de la Restauración, así como la crónica de D. João I de Fernão Lopes (situándose la «Crónica da Tomada de Ceuta» en la línea temática de la fundación del Imperio).

La continuidad en relación a tópicos anteriores es expresada por la insistencia en la idea de un Portugal eterno, anterior a la propia fundación del reino: «Portugal, parte mayor de Lusitania, tomó nombre del Puerto Cale en

la boca del río Duero. Con el tiempo mudó dominios hasta quitarse debaxo de la estirpe de Don Alfonso Henriquez». <sup>27</sup> La novedad se encuentra en la valoración de la figura de D. João I, designado como restaurador e, inclusive, fundador del reino, siendo la analogía con el momento presente utilizada con claros deseos de ejemplo y legitimación de la nueva situación política. Además de eso, se verifica una reinterpretación de la proeza de D. Alfonso Henriques, a través de la cual el valor del hecho de las armas se sobrepone a la calidad del nacimiento: «La suprema calidad de nacer Príncipe es liberalidad de naturaleza; pero el adquirirla es efecto del valor. Don Alfonso, que por sus padres la tenía, se vió privado del estado, y le ganó por las armas, para que no le faltasse el segundo atributo mayor mucho en la estimación de los hombres, quanto el valor proprio excede el heredado». <sup>28</sup>

Una cuarta coyuntura puede ser detectada, todavía, en los años 1670, época de relativa estabilidad política que sigue a la regencia del príncipe D. Pedro y a la firma del tratado de paz con Castilla después de 28 años de guerra (período que permite, igualmente, la primera tentativa de industrialización del país lanzada por el Conde de Ericeira). En esta coyuntura es reeditada la obra de Pedro de Mariz, *Diálogos de Varia Historia*, Lisboa, Antonio Craesbeeck de Melo, 1674 (con un importante suplemento del propio impresor); es publicado el texto de Francisco de Brito Freire, *Nova Lusitania*, Lisboa, João Galvão, 1675; es editado en primer tomo de la obra de D. Luis de Meneses, *Portugal Restaurado*, Lisboa, João Galvão, 1679.

Aunque el objeto historiográfico preferente sea de nuevo el pasado reciente (dada la natural necesidad de consagrar la epopeya de la Restauración), no deja de ser sorprendente la aceptación del texto de Pedro de Mariz como la gran síntesis de la historia de Portugal. Este texto no sufre ninguna modificación, ni siquiera en los pasajes laudatorios dirigidos a Felipe II rey de Portugal (donde es justificada su intervención) sirviendo de base para sucesivos añadidos a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, en una especie de acumulación de «capas arqueológicas» de las diferentes coyunturas historiográficas (además de esta tercera edición de 1674, encontramos una cuarta en 1749, la quinta en 1758 y una sexta en 1806).

En esta edición de los *Diálogos de Varia Historia* se consagran una selección de acontecimientos que marcan el destino colectivo que la memoria erudita va a reproducir (y difundir) hasta Alexandre Herculano:

a) La fundación del reino (donde la narrativa mítica del milagro de Ourique desempeña un papel decisivo en la legitimación de la comunidad histórica, a la cual es conferido un origen divino).

b) La fundación de la dinastía de Avis (vista como una primera restauración del reino, tiene como figuras principales a D. João I y al condestable D. Nuno Alvares Pereira, creador de la Casa de Braganza que se notabiliza por la victoria de Aljubarrota, uno de los acontecimientos fuertes de la afirmación de la nacionalidad).

c) La construcción del Imperio (donde abundan las figuras de Vasco de Gama y de Alfonso de Albuquerque en un marco de gesta colectiva).

d) La Restauración del reino en 1640 (con la valorización de la figura de João IV y del esfuerzo común en las guerras que siguieron).

## 2.2. *El conocimiento del país*

La sistematización del saber acumulado sobre el reino es hecha a través de las descripciones físicas, que pueden recurrir a formas tradicionales de retórica (caso de las corografías) o, a partir del Quinientos a formas de representación gráfica (caso de la cartografía). Esta sistematización es aún incipiente en el siglo XVI, pues hasta entonces había predominado la presentación simple del territorio y el dominio patronal del rey y de los señores. El constante deambular de la corte por el reino, revelador de una débil organización del poder político que exigía la presencia carismática del rey entre los vasallos, tiene que ver también con las necesidades de control directo de los rendimientos regioes y con otra concepción de vida cotidiana, más próxima al latir de la naturaleza, pues los traslados de ciudad a ciudad acompañan, muchas veces, los ritmos de las estaciones y las conveniencias del clima. La sedentarización de la corte en el siglo XVI, que pasa largos períodos en Evora hasta los años de 1550 y después se instala definitivamente en Lisboa (consagrando la transferencia de los centros de poder para el Sur del País y para la capital del Imperio),<sup>29</sup> implica otra concepción del poder, con mecanismos más sólidos de representación del rey, y otra necesidad de conocimiento mediatizador de la realidad. De ahí el paso de un conocimiento predominantemente directo, intuitivo, de una realidad que se ofrece a los sentidos a un conocimiento abstracto, descriptivo, de una realidad que se procura representar para mejor aprender y, quizá, moldear.

Este proceso a un tiempo exige y se hace posible por transformaciones profundas en el orden del saber, en el orden social (con la sedentarización creciente de las poblaciones, la jerarquización y redistribución de los privilegios, la lenta sustitución de las solidaridades orgánicas) y en la organización del Estado (con la reorganización del aparato central, la creación de las divisiones administrativas, el establecimiento de nuevas relaciones con los poderes locales). En la primera dimensión considerada, surgen progresos visibles en los instrumentos y en los métodos de cálculo, imponiéndose una noción de escala en la recogida de la información topográfica y en su representación gráfica. Además, se renueva el conocimiento de la geografía clásica y se instaura una nueva práctica de viaje de (re)conocimiento que supera la repetición del saber heredado y permite definir horizontes más seguros. Por último, se difunde el hábito de registrar las impresiones de los viajes que no contienen en sí ningún propósito de conocimiento para-científico, como es el caso del viaje por placer (tan de moda en el Renacimiento) o de los viajes de trabajo (diplomáticos, comerciales y otros). Las posibilidades que se derivan de estas prácticas están patentes en los desarrollos verificados en la cartografía, en la corografía y en la literatura de viajes. Aunque los propósitos, las formas y

los niveles de representación sean diversos, estos tres entes descriptivos producen un efecto acumulado que altera completamente el cuadro de conocimiento del reino y del Imperio.

El desarrollo de la cartografía náutica que se deriva de los descubrimientos no tiene paralelo en la cartografía terrestre, aunque las representaciones minuciosas de las costas del reino le sean deudoras.<sup>30</sup> Los mapas parcelarios de ciertas zonas de frontera y las vistas de los castillos de la raya, elaboradas por Duarte Darmas con observación directa, se insertan en los propósitos de conocimiento militar de las líneas defensivas terrestres, así como en los propósitos políticos de resolver diplomáticamente pequeños conflictos de frontera que se arrastran a lo largo de los años. El primer mapa de Portugal, el mapa de Fernando Alvares Seco impreso en Roma en 1561, surge por encargo de Aquiles Estação para ser ofrecido al cardenal Guido Sforza. Se trata de un mapa moderno, que contiene una tentativa de representación del territorio a escala, posiblemente con el método innovador de la triangulación geodésica. El mapa representa de una forma grosera la frontera terrestre, a través de un trazo continuo que recoge las últimas indicaciones toponímicas y los cursos de agua mientras que el recorte de la costa es seguido con detalle —o sea, el Atlántico ocupa una posición privilegiada pues el Occidente se encuentra en la parte superior de la composición del mapa, apareciendo así el Reino «tumbado» y girado hacia el mar.<sup>31</sup> Incluso desde el punto de vista simbólico, es de resaltar la dimensión atribuida al estuario del Tajo, que coloca a Lisboa en el centro de una gigantesca boca que se prolonga hacia el interior del país. Un último detalle que ha sido menospreciado: los límites de las diócesis están representados por medio de un trazo fino, hecho que llama la atención para la figura del destinatario del encargo y para los objetivos inmediatos de la elaboración del mapa. Esta representación del reino, que sería incluida en los grandes atlas de la época —como el *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraão Ortelio (1570) y el *Speculum Orbis Terrarum* de Gerardo Jade (1578 y 1593)—, no sería objeto de correcciones significativas en el siglo siguiente, donde apenas se destaca el mapa de Pedro Teixeira Albernás de 1662.<sup>32</sup> A partir del reinado de D. João V la cartografía terrestre sufre un nuevo impulso, pero los resultados de las observaciones efectuadas sólo empiezan a surgir con la publicación de la *Geografia Histórica* de Luis Caetano de Lima en 1734-36,<sup>33</sup> donde se inserta un mapa de Portugal y mapas de las provincias, y con la publicación de los mapas de João Silverio Carpinetti en 1762.<sup>34</sup> El levantamiento del país con criterios científicos sería llevado a cabo un siglo más tarde, en los años 1860-1865 por un equipo dirigido por Felipe Folque, que publicó en 1876 la *Carta de Triangulação Geodésica de 1ª ordem*, en la escala de 1: 1 000 000.<sup>35</sup> Aunque la difusión de estos mapas fuese muy limitada, debiéndose esperar hasta los años 1860 y 1870 para asistir a su integración sistemática en compendios y manuales escolares, no hay duda que la imagen gráfica del país se introdujo en el marco intelectual de las élites desde el siglo XVI, convirtiéndose en instrumento de acción para los medios dirigentes.

Las descripciones escritas —geográficas, corográficas, itinerarios, relatos de viaje— conocen, en los siglos XVI y XVII, un mayor impacto entre la población letrada, perceptible a través de las sucesivas ediciones. En primer lugar porque se trata de géneros literarios que obedecen a procedimientos retóricos conocidos, adecuados a la identificación del pormenor y al universo mental de lectores y oyentes. En segundo lugar porque se adaptan mejor a las posibilidades de conocimiento aproximado que en este tiempo se ofrecían, correspondiendo al gusto tradicional por la peregrinación. En tercer lugar porque estas descripciones desempeñan un papel ambivalente, por un lado de afirmación de las realidades locales, regionales y nacionales, por otro de representación de esas mismas realidades al rey y a los restantes poderes. Los géneros más utilizados son las corografías<sup>36</sup> —que se sitúan generalmente en el ámbito regional sólo superado a finales del siglo XVII e inicios del XVIII por la tentativa de sistematización global presentada por Antonio Carvalho da Costa<sup>37</sup>—, y las descripciones de ciudades y villas —que conocen un gran desarrollo en la primera mitad del siglo XVII. Las primeras descripciones geográficas impresas surgen en la primera década del Seiscientos por la pluma de Fr. Bernardo de Brito y Duarte Nunes de Leão<sup>38</sup> insertándose en la coyuntura de renovado interés por el conocimiento del reino. Sólo en el siglo XVII, con la *Geografia Histórica* de Luis Caetano de Lima, el texto será acompañado de mapas. Las encuestas lanzadas por el Padre Luís Cardoso a mediados del siglo XVIII fueron utilizadas en la elaboración de los dos primeros tomos del *Diccionario Geográfico*<sup>39</sup> y en la obra de paulo Dias de Nisa, *Portugal Sacro-Profano*.<sup>40</sup> Las grandes sùmulas enciclopédicas sólo surgiran de forma natural en el último cuarto del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, con la obra monumental de Pinho Leal, *Portugal Antigo e Moderno (1873-1890)*<sup>41</sup> y con la obra de Esteves Pereira y Guilherme Rodrigues, *Portugal (1904-1915)*.<sup>42</sup> La literatura de viajes incidió más sobre otras regiones de Europa, Asia y América que sobre el propio país, debiendo recurrirse a los testimonios de extranjeros sobre el siglo XVI y a los registros pioneros de Severim de Faria para el siglo siguiente.<sup>43</sup> La introducción de los ferrocarriles en la segunda mitad del siglo XIX y la creación de una vasta red de carreteras ya en nuestro siglo permitió la democratización del viaje y la aparición de un nuevo género literario, la guía turística. La edición de diversas guías extranjeras en el siglo XIX, conocido es el Baedeker, que abrió el camino a la organización de un conjunto de obras entre las cuales destaca la *Guia de Portugal* dirigida por Raúl Proença.<sup>44</sup>

### 2.3. El conocimiento de los hombres

La delimitación y apropiación del territorio por el poder central y por las élites sociales se procesó paralelamente al dominio sobre los hombres que ocupaban ese mismo territorio. el control patronal de los siervos, criados,

súbditos y vasallos en una red de relaciones de solidaridad vertical, se prolongaba en la retórica de la descripción de los lugares, donde el elogio estereotipado del clima, del lugar y de la fertilidad de los campos se extendía al elogio de los pueblos. Este género, que se encuentra igualmente en las tentativas de descripción global del país ya referidas (como las de Duarte Nunes de Leão y de Fr. Bernardo de Brito), conoció una expresión significativa en la obra de Antonio de Sousa de Macedo, *Flores de Espanha Excellencias de Portugal*, Lisboa, Jorge Rodrigues, 1631 (objeto de una reedición en 1737), donde se ocupa exhaustivamente del carácter de los portugueses. En esta obra puede detectarse el sistema de valores subyacente al género literario en cuestión: los naturales del reino son caracterizados por la buena disposición, nobleza, ingenio, religión, buen gobierno, honestidad, verdad, fidelidad, fortaleza, agradecimiento, liberalidad, magnanimidad, paciencia, clemencia, templanza, buenas costumbres.

Esta representación de los portugueses, que encontramos con reflejos matizados en función de las épocas en la historiografía y en la poesía épica (es de señalar en Luis de Camões), hizo su camino hasta nuestros días, siendo tomada por la reflexión política de finales del siglo XIX y de las primeras décadas de nuestro siglo. Las calidades, virtudes y energías latentes de las capas populares son elogiadas por diversos ensayistas — como Adolfo Coelho, Antonio Arroyo y Antonio Sergio<sup>45</sup>—, que acentúan el contraste entre la buena índole del pueblo, presentado así como una «materia prima» de excelente calidad, y la deficiente preparación de las élites dirigentes (políticas, sociales, intelectuales y científicas), incapaces de encuadrar y dar sentido a la capacidad realizadora de las «masas populares». Esta idea, que tiene profundas raíces ochocentistas, fue particularmente trabajada en los años de 1920 por el círculo intelectual fundador de la revista *Seara Nova* (además de dos ensayos de Antonio Sergio se encuentran diversos textos de Raúl Proença con propuestas políticas fundadas en la misma idea).

La visión mítica de un pueblo intrépido y prudente fue complicada por la tentativa de caracterización de especificidades regionales. Los primeros esbozos de una visión más particularizada de los habitantes del reino estructuran realidades políticas intermedias de grandes dimensiones, que permitirán la aparición en el siglo XVIII de representaciones parciales del «hombre portugués» ligadas a la afirmación simbólica de una identidad de las diversas provincias. Las referencias puntuales de Luis Caetano de Lima o de João Baptista de Castro<sup>46</sup> serán sistematizadas al final del Antiguo Régimen por Adrien Balbi, que se esfuerza por articular la visión del todo y la visión de las partes en su ensayo de caracterización de los portugueses (tanto desde el punto de vista físico como psicológico). Merece la pena resumir su descripción pues hallamos ahí algunos de los estereotipos a los que se recurren (aderezados por el gusto y por los prejuicios de la época): hombres bien constituidos pero de pequeña estatura, con ojos y cabellos negros y la piel menos blanca que los pueblos del norte de Europa; las mujeres bellas, de ojos negros, rasgos agradables, cuerpo bien proporcionado, pie pequeño y perfil elegante; los hombres más fuertes son

los de la Serra de Estrela, del Minho y de Trás os Montes (provincia cuyos habitantes son muchas veces rubios y de piel blanca); el portugués es bueno y tranquilo, pulido en todas las clases, devoto pero no fanático; apto para las ciencias y las artes, une la flema y la paciencia de los pueblos del Norte a la brillante imaginación de los pueblos meridionales; la poesía hace sus delicias aunque descuide las otras artes limitándose a copiar los modelos extranjeros; «los campesinos de la Extremadura son los más pulidos, los del Algarve los más vivos, los de la Beira son muy laboriosos, los del Minho están llenos de espíritu e industria, los de Trás os Montes aunque groseros son muy activos».<sup>47</sup>

Las continuidades y discontinuidades del imaginario colectivo sobre el «hombre portugués» en sus diversas dimensiones (al nivel del tiempo, del espacio y de la acción), pueden ser acompañadas a través de la literatura, de los proverbios y de las anécdotas, constituyendo un conjunto de referencias de la comunidad. Con todo, existen otros medios de conocimiento de la población menos intuitivos, que se insertan en el cuadro de acción de los diferentes poderes. Nos referimos concretamente a los diversos levantamientos «demográficos», a las indagaciones y visitas, a las encuestas y abordajes estadísticos del reino. El censo de 1527, que permite a la corona calcular el conjunto de habitantes sobre su señorío, se inserta en una época crucial de afirmación del estado moderno, coincidiendo con un probable levantamiento topográfico en que se había basado el mapa de Fernando Alvares Seco.<sup>48</sup> Con todo, esta iniciativa de vanguardia no tendrá la necesaria continuidad: surgen posteriormente, y a lo largo de los siglos XVI y XVII, levantamientos esporádicos y puntuales, que se derivan de las necesidades fiscales, militares o burocráticas, debiendo esperarse hasta finales del siglo XVIII y al inicio del XIX para que se realicen cálculos más aproximados, hasta la realización del censo de 1864 (contemporáneo de los trabajos de preparación del primer mapa del país con criterios científicos). Las encuestas, a su vez, permitirán un mejor conocimiento del reino y de sus habitantes, aunque el ámbito fuese generalmente restringido, tanto desde el punto de vista espacial como temático. Con todo, esta práctica de origen medieval permitió la formación de agentes regio y una relativa percepción de las realidades locales. El modelo de cuestionario que ahí se esboza es desarrollado en otra esfera (y con un carácter más global) por la Iglesia a través de las visitas sistemáticas de las diócesis (que se desarrollaron con un ritmo casi anual desde la segunda mitad del XVI a finales del XVIII). Dado el carácter complementario de control social asumido durante siglos por la Iglesia, la experiencia acumulada por la burocracia religiosa en el contacto cotidiano con las poblaciones y en la práctica regular de la visita a la diócesis permitió un conocimiento de los hombres tal vez más importante (en el Antiguo Régimen) que la experiencia acumulada por la burocracia regia (aunque se deba tener en cuenta el papel ambivalente de los concejales de las cámaras que funcionan como agentes mediadores de las realidades locales). El papel fundamental de la Iglesia en el contacto con la población es de hecho reconocido en el momento de la organización de la encuesta de mediados del XVIII para el *Diccionario Geográfico*, cuyos interrogatorios

fueron remitidos por el rey a los obispos y cabildos para que los párrocos devolviesen las informaciones pedidas.<sup>49</sup> Los abordajes globales del país, como es natural, sólo surgieron en el siglo XIX, recurriendo a los instrumentos estadísticos de que se comenzaba a disponer: nos referimos a las obras de Adrien Balbi, Charles Vogel, Rodrigues de Freitas, Alphonse de Figueiredo y Gerard Péry, entre otros.<sup>50</sup>

En los últimos dos siglos, en suma, el Estado multiplicó su capacidad de conocer a los hombres, escudriñando las diversas dimensiones de su actividad individual y colectiva —no tanto en el plano moral y religioso, como ocurrió en el Antiguo Régimen, pero sí en el plano económico y, en ciertas épocas, en el plano político. La posibilidad de lanzar encuestas exhaustivas y regulares a toda la población constituye, por sí solo, una forma de apropiación simbólica de una realidad social cada vez más compleja e independiente. Esta voluntad de saber está ligada, naturalmente, al deseo de intervenir, pues la presencia creciente del Estado en todos los sectores de la actividad social genera pequeñas y grandes utopías en el sentido de moldear esa misma actividad. Así, podemos decir que nunca concurren tantos factores que tendían a la sedimentación de la comunidad histórica, cruzándose el nivel del sentimiento (fortalecido por la ruptura definitiva de las autarquías locales y regionales, por los flujos de información, por la división del trabajo, por la implantación del sistema de enseñanza y por la masificación de las grandes manifestaciones políticas y deportivas regeneradoras del espíritu de pertenencia) con el nivel del conocimiento (cuya expansión se procesa a la par que las nuevas posibilidades de acceso). Paradójicamente, en esta misma época la comunidad histórica está más expuesta a los movimientos centrífugos, movimientos que siempre existirán (en el marco de la emigración, de los poderes fragmentarios, de los complejos interregionales), pero cuyo poder de atracción se multiplica, dada la transferencia de la división del trabajo social para el plano internacional. En esta nueva coyuntura de integración económica mundial interesa acompañar la evolución de los rasgos de identidad de una comunidad histórica (aún hoy) esparcidos por el mundo, su capacidad de adaptación a nuevos complejos políticos y culturales, su apertura al diálogo de las civilizaciones.

## NOTAS

<sup>1</sup> Las nociones de nación, comunidad y memoria que están subyacente a todo el texto fueron trabajadas en la confrontación de las fuentes con los estudios de Emile Durkheim, *Oeuvres*, 3 vols., Minuit, Paris 1975; Marcel Mauss, *Oeuvres*, vol. 3 *Cohesion sociale et division de la sociologie*, Minuit, Paris 1969 (en especial «La Nation», pp. 573-639); Maurice Halbwachs, *La Mémoire collective* (1950), 2ª ed., P.U.F., Paris 1968; Alphonse Dupront, «Du sentiment national», en Michel François (dir.) *La France et les Français*, Gallimard, Paris Encyclopédie de la Pleiade 1972, y Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire II. La Nation*, 3 vols. Gallimard, Paris 1986.

- 2 Acerca de la historia de la lengua portuguesa ver, entre otras, la tentativa de síntesis de Paul Teysser, *Historia da lingua portuguesa* (traducción del francés), Sá da Costa, Lisboa 1987. Problemas interesantes fueron colocados en las reflexiones de Robert Ricard, «La dualité de la civilisation hispanique et l'histoire religieuse du Portugal» en *Études sur l'histoire Morale et Religieuse de Portugal*, Fundação Calouste Gulbenkian, Paris 1971, pp. 13-31 y de Maria Leonor Carvalhão Buescu, *A lingua portuguesa, espaço de comunicação*, I.C.L.P., Lisboa 1984. Sobre el uso social de la lengua ver algunos artículos estimulantes de Peter Burke, *The historical anthropology of early modern Italy. Essays on perception and communication*, Cambridge University Press, Cambridge 1987.
- 3 Sobre esta problemática ver Jacques Heers, *Fêtes, jeux et joutes dans les sociétés de l'Occident à la fin du Moyen Age*, reim., Institut d'études Médiévales, Montreal 1982; Pierre Manoni, *La peur*, P.U.F., Paris 1982 y André Découflé, *Sociologie des Révolutions*, 2ª ed., P.U.F., Paris 1970.
- 4 Para una visión general ver Jean Delumeau, *La peur en Occident: XIVe-XVIIIe siècles*, Fayard, Paris 1983.
- 5 Sobre este asunto ver Maria Emilia Cordeiro Ferreira, «Pirataria», en Joel Serrão (dir.), *Dicionário de História de Portugal*, vol III, Iniciativas Editoriais, Lisboa 1968, pp. 397-401.
- 6 Además de la legislación, interesa consultar los tratado de medicina de Tomaz Alvarez y García de Salcedo, *Recopilação das cousas que convem guardarse no modo de preservar a cidade de Lisboa*, Marcos Borges, Lisboa 1580; Ambrósio Nunes, *Tractado repartido en cinco partes que declaran el mal que significa este nombre peste*, Diogo Gomes Loureiro, Coimbra 1601. Sobre las referencias literarias, ver Yvonne David Peyre, «La peste et le mal vénérien dans la littérature portugaise du XVIe et XVIIe siècles», *Arquivos do Centro Cultural Português*, vols. I 1969, pp. 195-207, II, 1970, pp. 433-444 y III, 1971, pp. 356-370.
- 7 Las calamidades naturales son objeto de referencias profusas en los cronistas y memorialistas. Para un ejemplo, el hambre de 1521-22, Ver B. N., cod. 7638, fl. 164v.
- 8 Además de las disposiciones legislativas recogidas, entre otros repertorios, en João Pedro Ribeiro, *Índice chronologico remissivo da legislação portugueza...*, 2ª ed., Academia Real das Sciencias, Lisboa 1805-1820, debemos referir los trabajos de Luis de Sousa Couto, *Origens das prosissões da cidade do Porto* (notas, prefacio y apéndice de A. Magalhães Basto), Câmara Municipal, Porto, s.d., de Francisco Marques de Sousa Viterbo, *Fastos Religiosos (festas e procissões)*, separata de la revista Lusitania, Porto 1868 y de Fortunato de Almeida, *História da Igreja em Portugal* (reedición preparada por Damião Peres), II vol., Portucalense Editora, Porto 1967, pp. 553-559.
- 9 Sobre este punto debemos señalar los estudios de João Marques sobre la parenética de la Restauración, así como la comunicación que presentó en este coloquio. Sobre la afirmación más genuina de la independencia, debemos apuntar el impacto de la expulsión de los franceses en 1808, hecho que es aún objeto de conmemoraciones en los años de 1820. Entre varios panfletos publicados sobre el acontecimiento señalamos el *Prospecto do painel das luminarias que se fizeram na frente da igreja do*

*seminario da caridade dos orfãos da rua de S. Bento da cidade de Lisboa pela feliz restauração deste reino no qual se presentaba a batalha do Vimieiro e o Anjo Custódio do Reino exterminando com espada de fogo a águia de Napoleão e a tropa francesa no anno de 1808*, Imprensa Nacional, Lisboa s.d.

- 10 Sobre las ceremonias regias ver las indicaciones de Diego Ramada Curto en *O Discurso Político em Portugal (1600-1650)*, Projecto Universidad Aberta, Lisboa 1988. Han surgido entre tanto algunos estudios en la misma línea de Sylvie Deswartes, *Les enluminures de la Leitura Nova, 1504-1552. Étude sur la culture artistique au Portugal au temps de l'humanisme*, Fundación Calouste Gulbenkian, Paris 1977, como es el caso de Ana Maria Alvares, *Iconologia do poder real en el periodo manuelino. A procura de uma linguagem perdida*, Imprensa Nacional, Lisboa 1985 y *As Entradas Régias Portuguesas. Uma visão de conjunto*, Livros Horizonte, Lisboa s.d. (1986). Ver también el estudio de Rui Bebianno.
- 11 La vida de sacralización del reino está presente en diversos autores, habiendo sido trabajada por Ernst Kantorowicz, *The King's Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology*, reimpr., Princeton Univ. Press, Princeton 1981 y por Ralph Giesey, *Cérémonial et puissance souveraine. France, XVe-XVIIe siècles*, Armand Collin, Paris 1987.
- 12 Además de las obras de carácter político y doctrinario, ver la evolución semántica en los diccionarios de Raphael Bluteau, *Vocabulario Portuguez e Latino*, 10 vols., Coimbra e Lisboa, 1712-1728 y de Antonio de Moraes Silva, *Diccionario da Lingua Portuguesa*, 2 tomos, Of. Simão Tadeu Ferreira, Lisboa, 1789 (así como las sucesivas ediciones de este último a lo largo del siglo XIX).
- 13 Sobre este aspecto ver las obras de Vitorino Magalhães Godinho, *Esaios II*, Sá da Costa, Lisboa 1968; *Os Descobrimentos e a Economia Mundial*, 2ª ed., Presença, Lisboa; *Estudo do Algarve Económico durante século XVI*, Lisboa, Cosmos 1970 y *O Algarve Económico: 1600-1773* (Tesis doctoral policopiada), 2 tomos, Coimbra 1984.
- 14 Sobre esta temática ver Aurélio de Oliveira, *Contribuição para o estudo das revoltas e motins populares durante a época moderna* (tesis complementaria mecanografiada), Porto 1979; Antonio de Oliveira, *Levantamientos populares do Algarve en 1637-1638. A repressão*, separata de la «Revista Portuguesa de História», Coimbra 1984 y *Revoltas e Revoluções*, nº temático en dos volúmenes de la «Revista de História das Ideias», Coimbra 1984-1985.
- 15 Sobre este problema ver J. M. Quierós Veloso, *O reinado do cardeal D. Henrique*, Empresa Nacional de Publicidade, Lisboa 1946.
- 16 Sobre todo esto ver, entre otros textos, *O Memorial de Pero Roiz Soares* (edición de M. Lopes de Almeida), Acta Universitatis Coimbraensis, Coimbra 1953, y Gil Vicente, «Farsa chamada Auto da Lusitânia» en *Obras* (edición de Mendes dos Remedios), II tomo, França Amado, Coimbra 1912, pp. 376-404.
- 17 Se trata de un período todavía mal estudiado y que es referido aquí de forma esquemática. Sobre este período ver la tesis doctoral de Luis Reis Torgal, *Ideologia Política e Teoria do Estado na Restauração*, 2 tomos, Biblioteca Geral da

- Universidade, Coimbra 1981-1982 y la obra innovadora de Diego Ramada Curto (que ha profundizado su campo de investigación).
- <sup>18</sup> Raphael Bluteau, ob. cit. y Antonio de Morais Silva, ob. cit.
- <sup>19</sup> Sobre este último aspecto ver David Justino, *A Formação do Espaço Económico Nacional. Portugal, 1810-1913*, vol. I, Vega, Lisboa 1988.
- <sup>20</sup> Ver Niklas Luhmann, *Poder* (traducción del alemán), Universidad de Brasilia, Brasilia 1985.
- <sup>21</sup> El papel de las élites en la modelación de la memoria sólo puede ser comprendido a partir de los trabajos de Maurice Halbwachs, *Topographie Légendaire de Evangiles en Terre Sainte*, P.U.F., Paris 1941 y de Peter Berger y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality. A Treatise in the Sociology of Knowledge*, reed., Harmondsworth, Penguin 1979.
- <sup>22</sup> La noción de tradición fue trabajada a partir de Edward Shils, «Tradition», en *Center and Periphery. Essays in Macrosociology*, The University of Chicago Press, Chicago 1975, pp. 182-218.
- <sup>23</sup> Sobre esta problemática ver las obras de Henri-Jean Martin y Roger Chartier (dirs.), *Histoire de l'Édition Française*, 4 vols., Promodis, Paris 1982-1986 y Roger Chartier (ed.), *Usages de l'imprimé*, Fayard, Paris 1987.
- <sup>24</sup> Este mito de los orígenes se encuentra en otros cronistas del siglo XVI, como Duarte Galvão (cuya crónica de D. Alfonso Henriques circuló manuscrita durante más de dos siglos, habiendo sido impresa finalmente en Lisboa por Miguel Lopes Ferreira en 1726) y Damião de Góis (conocido por su *Descrição de Lisboa* (1544), edición bilingüe de Raul Machado, Livraria Avelar Machado, Lisboa 1937).
- <sup>25</sup> Duarte Nunes de Leão, *Primeira Parte das Chronicas dos Reis de Portugal*, Pedro Graesbeek Lisboa 1600.
- <sup>26</sup> Pedro de Mariz, *Dialogos de Varia Historia*, Antonio de Mariz, Coimbra 1598, fl. 55 v. La noción de España fue estudiada por José Antonio Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*, 3ª ed., Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1981.
- <sup>27</sup> Antonio Pais Viegas, *Principios del Reyno de Portugal, Con Vida y Hechos de Don Alphonso Henriquez su Primero Rey y con los Principios de los otros Estados Christianos de España*, Paulo Craesbeek, Lisboa 1641, fl. 1r.
- <sup>28</sup> *Ibidem*, fl. 100r.
- <sup>29</sup> Vitorino Magalhães Godinho, «Reflexão sobre Portugal e os portugueses na sua História», *Revista de História Económica e Social*, 10, 1982, pp. 1-13.
- <sup>30</sup> Vd. Armando Cortesão, *Cartografia e cartógrafos portugueses dos séculos XV e XVI*, 2 vols., Lisboa, Seara Nova, 1935, Armando Cortesão y A. Teixeira de Mota (dirs.), *Portugalaliae Monumenta Cartographica*, 6 vols., Lisboa 1960-1962; Armando Cortesão, *História da Cartografia Portuguesa*, 2 vols., Lisboa 1969.

- <sup>31</sup> Vd. Alves Ferreira, Custodio de Moraes, Joaquim da Silveira y Amorim Girão, «o mais antigo mapa de portugal», *Boletim do Centro de Estudos de Geografia*, 12/13, 1956, pp. 1-66 y 14-15, 1957, pp. 10-43.
- <sup>32</sup> Pedro Teixeira Albernaz, *Descripción del Reyno de Portugal y de los Reynos de Castilla que parten con su frontera*, Madrid 1662. Para una visión de conjunto de este período ver A. Teixeira da Mota, *Novos elementos sobre a cartografia de Portugal continental*, separata del *Boletim da Academia das Ciências de Lisboa*, Lisboa 1962.
- <sup>33</sup> Luis Caetano de Ilma, *Geografia Histórica de Todos os Estados Soberanos da Europa...*, 2 Tomos, Officina de Joseph Antonio da Sylva, Lisboa 1734-1736.
- <sup>34</sup> José Silvério Carpinetti, *Mappas das Provincias de Portugal*, Lisboa 1762.
- <sup>35</sup> Para una visión de conjunto de todo este proceso ver Maria Fernanda Alegria, «Cartografia de Portugal Continental», *Finisterra*, XV, 24, 1977, pp. 169-210. Para un análisis comparativo es necesario recurrir a Paul D. A. Harvey, *The History of topographical maps*, London 1980 y del mismo autor, «Local maps in Europe, 1400-1600. The questions unanswered», *Critica Storica*, XXIV, 2, 1987, pp. 353-365.
- <sup>36</sup> El mejor análisis de las corografías fue hecho por Joaquim Romero Magalhães, *Descrições geográficas de Portugal. Esboço de problemas*, separata de la *Revista de História Económica e Social*, Lisboa 1980. Ver también la edición hecha por el mismo autor en colaboración con Manuel Viegas Guerreiro, *Duas descrições do Algarve de século XVI* (Cadernos da Revista de História Económica e Social nº 3), Lisboa, 1983.
- <sup>37</sup> Antonio Carvalho da Costa, *Geografia portuguesa e descripção topografica*, 3 tomos, Braga, Domingos Gonçalves Correia, 1706-1712.
- <sup>38</sup> Fr. Bernardo de Brito, *Geographia Antiga de Lusytania*, Antonio Alvares, Alcobaca 1597; Duarte Nunes de Leão, *Descrição do Reino de Portugal*, Jorge Rodrigues, Lisboa 1610.
- <sup>39</sup> Luis Cardoso, *Diccionario Geografico, ou Noticia Historica de todas as Cidades, Villas, Lugares e Aldeias, Rios, Ribeiras, e Serras dos Reynos de Portugal, e Algarve, com todas as cousas raras que nelles se encontrão, assim antigas, como modernas*, 2 tomos, Regia Officina Sylviana, Lisboa 1745-1751 (incompleto).
- <sup>40</sup> Paulo Dias de Nisa, *Portugal sacro-profano ou catalogo alfabetico de todas as ferguesias dos Reinos de Portugal e Algarve...*, 2 tomos, Miguel Menescal da Costa, Lisboa 1957-1958.
- <sup>41</sup> Augusto Soares d'Azevedo Barbosa de Pinho Leal (continuado por Pedro Augusto Ferreira), *Portugal Antigo e Moderno...*, 12 vols., Livraria Editora de Mattos moreira e Companhia, Lisboa 1873-1890.

- <sup>42</sup> Esteves Pereira y Guilherme Rodrigues, *Portugal. Dicionário Histórico, Chronographico, Heraldico, Biographico, Numismático e Artístico...*, 7 tomos, João Romano Torres, Lisboa 1904-1915.
- <sup>43</sup> *Viagens em Portugal de Manuel Severim de Faria, 1604-1609-1625* (edición de J. Veríssimo Serrão), Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1974.
- <sup>44</sup> Raúl Proença (dir.), *Guia de Portugal*, 5 vols., en 7 tomos, Biblioteca Nacional y Fundación Calouste Gulbenkian, Lisboa 1924-1970 (los vols. 3, 4 y 5 fueron dirigidos por Sant'Ana Dionísio).
- <sup>45</sup> Entre otros textos, Adolfo Coelho, «A pedagogia do povo português». *Portugalia* I, 1898; Antonio Arroyo, «O povo português», en *Notas sobre Portugal*, II vol., Lisboa 1909, y la contribución de António Sérgio en el I vol. de la *Guia de Portugal*.
- <sup>46</sup> João Baptista de Castro, *Roterio Terrestre de Portugal*, Lisboa 1767.
- <sup>47</sup> Adrien Balbi, *Essai statistique sur le Royaume du Portugal en d'Algarve comparé aux autres États de l'Europe*, II vol., Rey et Gravier, Paris 1822, pp. 20-22.
- <sup>48</sup> Esta hipótesis es propuesta en el artículo de Alves Ferreira, Amorim Girão y otros, *loc. cit.* Sobre el caso de 1527 ver los análisis hechos por Fernanda Velho y Amorim Girão, «O mais antigo Censo da População em Portugal», *Boletim do Centro de Estudos de Geografia*, 8/9, pp. 58-68 y Joaquim Romero Magalhães (tesis doctoral citada).
- <sup>49</sup> Luis Cardoso, *op. cit.* I vol., prólogo.
- <sup>50</sup> Adrien Balbi, *op. cit.*; Charles Vogel, *Le Portugal et ses colonies*, Paris 1860; J. J. Rodrigues de Freitas, *Notice sur le Portugal*, Paris 1867; Alphonse de Figueiredo, *Le Portugal: considerations sur l'état de l'administrations des finances, de l'industrie et du commerce de ce Royaume et de ses colonies*, Lisboa 1873; Gerard Péry, *Geographia e Estatística Geral de Portugal e colónias*, Imprensa Nacional, Lisboa 1875.

FRANCISCO BETHENCOURT  
Universidade de Lisboa

**Resumen:** La formación de la conciencia nacional implica a la vez un proceso de diferenciación respecto del exterior como una asunción global por parte del colectivo social. El autor sigue con detenimiento algunos de los factores determinantes en la consolidación de esa identidad común como puedan ser sus fiestas, sus temores, revueltas, o la identificación con un espacio físico, un pasado o un sentir humano comunes a sus gentes.

**Summary:** The constitution of the national consciences implies at the same time a course of differentiation in relation to the exterior and a general

*assumption on the part of the social collective. The autor follows in detail some of the decisive factors that consolidate that common identity as could be its parties, its fears, its rebellions, or the identification with a physical sapce, a past, or a human feel, common to its people.*